

Aurora

José Marzo

Aurora

ACVF EDITORIAL

MADRID

edición especial pdf: tres relatos

distribución gratuita en internet

www.acvf.es

Más sencillo

Ojo de buey

Miguel despertó sobresaltado al oír el sonido del móvil. Pero no había sonado, y en el mismo instante en que despertó, comprendió que sólo había sido producto de su imaginación.

Aquella situación comenzaba a convertirse en una pesadilla: llevaba días pegado al móvil esperando un aviso que no se producía. Le habían encargado que aportara el material fotográfico para un reportaje sobre accidentes de moto. Había retratado a los responsables de las instituciones, a varios parapléjicos en sus sillas de ruedas, había fotografiado incluso las lápidas y los epitafios de algunos fallecidos, pero no había conseguido una sola foto *in situ*, en el lugar del accidente. A fuerza de esperar la llamada de su contacto en la Dirección General de Tráfico, había imaginado a un motorista vestido de cuero tumbado junto a un charco de sangre, y a su lado una moto cuya rueda trasera aún giraba.

Era desesperante: por primera vez después de muchos años, no se producía en la ciudad en una semana un solo accidente de moto con heridos graves o fallecidos.

Cuando por fin sonó el móvil, estaba en la bañera. Salió a trompicones del aseo, se vistió a medio secar y abandonó a toda prisa el apartamento.

Cruzó en automóvil media ciudad hasta llegar al lugar del accidente. Era de noche y distinguió a lo lejos las luces de la policía y de una ambulancia.

A causa de la colisión lateral con un coche, la motorista había salido despedida. Un reconocimiento básico sobre el terreno

había bastado para detectarle contusiones y fracturas por todo el cuerpo. Ya la habían reanimado y se disponían a colocarla en la camilla. Habría sido absurdo, completamente absurdo, pensó Miguel, que después de tanto esperar no pudiera obtener algunas fotos. Se abrió paso entre el corro de curiosos y mostró su documentación. A duras penas consiguió que dejaran a la chica un momento donde estaba, en el asfalto, y que retiraran la camilla del encuadre.

Después de todo, la espera había valido la pena. Volvió al apartamento y durmió un par de horas. Por la mañana a primera hora, llevó el carrete al estudio y esperó en una cafetería cercana. Cuando le entregaron las ampliaciones, las observó detenidamente, una por una. Era un buen trabajo. La exposición era correcta, había conseguido mucha profundidad de campo y nitidez incluso en objetos que se movían. Había fotos excelentes, sobre todo aquella en que la chica, contra el negro del asfalto (el entrecejo en el centro geométrico del encuadre), levantaba el brazo y parecía querer tapar con la mano el objetivo de la cámara.

*

La garrota

Felipe no se trata con sus compañeros de la residencia de ancianos. Cuando cae la tarde, con la fresca, abandona el recinto y da un paseo a solas por el vecino polígono industrial.

Camina despacito, casi arrastrando las alpargatas, y en la mano lleva una garrota muy gorda.

La garrota no la utiliza para andar, sino como arma de defensa personal. Ha llegado el momento de decir que Felipe odia a los perros. Los odia con toda su alma. Y también hay que decir que los perros le corresponden con la misma moneda. Porque cuando pasa junto a las vallas de las fábricas, nunca falta un perro con cara de pocos amigos que se lance contra él, clave el morro entre dos barrotes y le gruña con los ojos inyectados en sangre y un espumarajo blanco desbordando sus fauces. Claro que para eso tiene Felipe la garrota: a la voz de «¡Chucho asqueroso!», le suelta un garrotazo en el hocico y prosigue su camino, indiferente a los ladridos furiosos del animal, como si tal cosa.

Aunque para «chucho asqueroso», piensa Felipe, el que se ha encontrado esta tarde. Un perrillo negro de dos palmos de altura que alguien ha abandonado en un descampado. Un perrillo escuálido, cojo de una pata y acostumbrado a recibir golpes. Basta con ver su cabeza gacha y las heridas de las orejas, que dan pena. Camina diez metros por delante de Felipe y cada tanto vuelve la cabeza para vigilar atemorizado sus pasos.

Ya no sabe Felipe cuántas chinas le ha lanzado al perro, que no se da por aludido. Se aleja al trotecillo otra decena de metros, y luego se detiene de nuevo para esperarlo. Felipe lo ha perdido

de vista tras una esquina, pero al rebasarla, ha mirado a su espalda y allí está el perro esperándole, las orejas caídas, el hocico rozando sumiso la tierra.

«¡Chucho!», le grita Felipe blandiendo la garrota, pero el perro no se inmuta.

Que Felipe odie a los perros no implica que no tenga su corazóncito. Por supuesto que lo tiene.

«Ven aquí, chucho, ven», le dice agachándose y extendiendo la palma abierta de una mano, mientras que la otra, la que sostiene la garrota, la retiene a su espalda. «Ven, chucho».

El perrillo, ahora, retrocede con desconfianza. Duda un instante y después se acerca despacio, cojeando, hasta la mano que Felipe le ofrece. «Buen chucho...», le saluda. Le acaricia bajo el hocico, y en el lomo, y el perro se tiende y se vuelve patas arriba y se gira y le lame la mano... Está contento el perrillo, a gusto y confiado. Ni siquiera cuando Felipe le muestra la garrota con la otra mano parece alarmarse. Se queda quieto y le mira con sus ojillos tristes, paralizado. No ladra ni gime, tampoco cuando Felipe descarga con fuerza la garrota sobre su cabeza una, dos, tres veces, con tres golpes decididos y recios.

El animalito tiene la cabeza aplastada, y su único reflejo, durante unos pocos segundos, es el movimiento compulsivo de una pata trasera, rígida como un palo. Felipe ya ha reemprendido el camino, aunque tardará algún tiempo en olvidar la mirada de lástima del perrillo. Una mirada que, al recordarla, le pone a Felipe un nudo en la garganta.

La garrota tiene restos de sangre y algún pelo. Hoy no lleva pañuelos de papel consigo. De vuelta en la residencia, piensa Felipe, tendrá que limpiarla.

*

El mar

Desde que hace diez años quedó inválida, cada mañana la sacan a la galería y ella ve el mar.

Antes de ir al trabajo, el yerno la toma en brazos y la coloca en la mecedora. Sus pies a veces tropiezan con el marco de la puerta, pero no siente nada. La hija ahueca el almohadón del respaldo y le coloca las piernas en el cojín de la banqueta. «Ahora le traigo las medicinas, madre», dice. Y aunque ella pide que no le den más medicinas, porque no quiere más medicinas, porque sólo quiere dormir y olvidar, su hija no entiende el balbuceo inconexo que pronuncian sus labios. «Sí, hace muy buena mañana, madre. Una mañana muy bonita», dice.

Hay hombres de blanco en la playa, con mascarillas, recogiendo chapapote negro. Grandes paladas de petróleo que arrojan en cubos y contenedores. El trasiego de las figuras de blanco se prolonga ya una semana y no hay mariscadoras, aquellas mujeres de negro que caminaban descalzas y agachadas por la arena para arrancarle almejas y berberechos. A lo lejos pasa un barco de pesca. Hay unas siluetas blancas en la cubierta.

Ella, que en su infancia escuchó leyendas de ballenas que asustaban a los marinos en sus botes de remo, que golpeaban el mar con sus enormes colas y que mostraban sus lomos relucientes al sol para retar al cielo con chorros de agua y vapor, aprendió a amar un mar sin ballenas y sin manadas de delfines errantes.

Quizá sus nietos, piensa, aprendan a amar un mar gris sin peces ni pescadores, cruzado por los mercantes de acero, bajo un cielo rasgado por las estelas de los aviones supersónicos.

*

noviembre de 2006